

pecializada y difusión de unas técnicas determinadas, pero con un denominador común de investigación. Esta es la diferencia fundamental entre los muchos talleres que se imparten por todo el país y este Laboratorio, que está más emparentado con la alquimia que con la farmacología, porque el teatro tiene más de magia, que de cataplasma.

En el pasado curso el Laboratorio fue ya una realidad; conferencias, mesas redondas, talleres y un espectáculo demostración —con texto de Maiakovski, para conmemorar su centenario— sentaron las bases para que este año se afrontara con mayor perspectiva y reto en todos los apartados.

En la presente edición las conferencias se han venido realizando entre enero y marzo, destacando entre los conferenciantes, Juan Antonio

Hormigón, Rodolfo Frómata —director del Laboratorio de Estudios Teatrales de La Habana— y Marianne Van Kerkhoveen —dramaturga del Kaaitheater de Bruselas—. Paralelamente se han impartido talleres a cargo de pedagogos de diversos países, que han abordado el entrenamiento del cuerpo, la voz, procesos creativos para el espectáculo, creación musical para el actor, nuevas tecnologías al servicio del montaje e interpretación. Por último se realizará un espectáculo-demostración, y una mesa redonda a la que están invitados entre otros Guillermo Heras y Manuel Llanes —director del Centro Andaluz de Teatro—.

El sentido de este Laboratorio está muy unido en realidad a la labor que se desarrolla en la Universidad, y quizás sea el marco más idóneo para

llevar a cabo un proceso de investigación, artística en este caso.

En otros países europeos o americanos, las Universidades atienden esa faceta del campo teatral, al tiempo que funcionan circuitos con espectáculos de un alto nivel. Quizás ahora que llega la crisis a las arcas municipales —abastecedoras de primer orden de muchas de las compañías teatrales— haya que volver la vista a las Universidades y alentar esas iniciativas que son ya realidades palpables en muchas de ellas. Posiblemente los medios económicos sean menores, pero compense saber que el teatro en la Universidad puede ayudar a cultivar un poco más a un público tan tecnificado y falto de inquietudes —en muchos de los casos—, a imbuir un poco de sentido crítico y de rebeldía a unas generaciones un tanto indolentes y acomodaticias.

Sobre La Celestina

Por Andrés García Madrid

Más de una vez he sentido la tentación de meterme en el alma de Calisto para traducir «en vivo» aquella poderosa pasión que le obligaba a encontrar el remedio para su ardoroso amor a través de las vieja Celestina, una astuta mujer del arrabal, por su capacidad de arreglar todas las cuitas y curar todos los males. Esas palabras con que inicia Fernando de Rojas, en boca de Calisto, la tragicomedia: «¿Quién vio en esta vida cuerpo glorificado de ningún hombre, como agora el mío?... Si Dios me diese en el cielo la silla sobre sus santos, no lo tendría por tanta felicidad», son el claro espíritu de aquel que considera como valor absoluto el amor ¿o el amor de Melibea?, hasta la idolatría, que no repara en manifestar «Melibeo soy, en Melibea creo». Por ella, Calisto daría hasta la vida.

La sociedad de entonces luchaba por vivir con dignidad, es decir, como Dios les daba a entender. Esto suponía conseguir y repartirse recaudos y divertimentos: «Ganemos todos, partamos todos, holguemos todos», dice Celestina, lo que podría conducir a la avaricia: «Ninguna cosa hace al pobre avaro sino la riqueza. ¡Oh dios, y cómo crece la necesidad con la abundancia!», dice Sempronio. Criados, ramerías y rufianas, de alguna forma, engañándose mutuamente, tratan de conseguir cada quien el placer o la riqueza, cuando no ambas cosas. Si bien es posible que la posesión económica posibilite la libertad, esto se traduce a final de cuentas en puro egoísmo, que no es otra cosa que el anhelo por lograr la supervivencia.



«La Celestina», de F. de Rojas. Dirección: Agustín Iglesias. Guirigai, 1994.

Decía al principio aquello de meterme en alma de Calisto para sentirlo. Pues he tenido la oportunidad de hacerlo, si no en «vivo» sí en directo, porque he presenciado una puesta en escena que me ha hecho reflexionar y sentir aquellos deseos internos. Teatro Guirigai ha puesto en pie la obra de Fernando de Rojas que, desde mi punto de vista, reúne las condiciones

suficientes como para manifestar que se trata de una propuesta de gran valor teatral.

No voy a tratar aquí ni mucho menos de hacer una crítica de la obra, pero sí meditar sobre lo que he visto en relación a mis propósitos. Es bueno depositar confianza en aquellos profesionales que reiteradamente hacen un buen trabajo. Como dice un



"La Celestina", de F. de Rojas. Dirección: Agustín Iglesias. Guirigai, 1994.

conocido programador: «En mi Teatro siempre inaugura el Grupo Equis, porque la seguridad que me da su trayectoria me permite confiar, cuando menos, en que este nuevo espectáculo estará bien hecho». Pero si además ocurre, como ahora, que el desarrollo de este empeño es nada más y nada menos que escenificar *La Celestina* de Fernando de Rojas, a mí, personalmente me parece aún más arriesgado, teniendo en cuenta que se trata de un clásico que no está escrito expresamente para el teatro y que encierra tantas posibilidades como páginas tiene el libro. En esa amplitud, lo más fácil es ahogarse.

Teatro Guirigai no sólo ha sabido nadar vigorosamente en las procelosas aguas de Rojas, sino que me ha rescatado de aquel sueño que *La Ce-*

lestina me dejó en el desván de la memoria.

Yo no iba muy convencido, más bien diría yo, que iba predispuesto a ver, oír y callar, porque suponía que aquello no iba a decirme nada nuevo. Me equivoqué, y de qué modo. Ya de entrada llama la atención la escenografía, que nada tiene que ver con lo que yo me imaginaba de aquellos tiempos del medievo, situándome en la sensibilidad contemporánea. El escenario limpio, sencillo, sin muebles ni torres almenadas ni adornos florentinos.

Tras el apagón del inicio comienza la música, que con sabiduría y acierto ha compuesto para esta obra Fernando Ortiz, miembro del extraordinario conjunto castellano *El Nuevo Mester de Juglaría*.

La primera escena me indica que la cosa va en serio, muy en serio. Con un frenético impulso de gran velocidad interna, que sólo la imagen ralentiza, el encuentro-prólogo entre Melibea y Calisto es la antesala poética de lo que se avecina. Sigue después, con agradable sorpresa, un movimiento escénico donde en sucesivos enfoques van alternándose las diversas situaciones con delicadeza, acritud y sinceridad. Señores, truhanes, prostitutas y criados, siempre con ingenio inusitado, van hilvanando el encaje magistral de la obra, basada, a mi modo de ver, en tres escenas claves que, a pesar de ser tan distintas entre sí, tienen un encanto y un valor suficiente como para que la obra merezca ser vista. Y si a eso añadimos la guinda del final, miel sobre hojuelas. Me estoy refiriendo al conjuro, al acto sublime de amor y a la cena en casa de Celestina. La primera es una ceremonia que Celestina realiza en el suelo, sin apenas nada: dos orzas humeantes elevan al cielo (¿o al infierno?) esa acidez poética que Fernando de Rojas se deja en el tintero. La segunda, la fusión amorosa de Calisto y Melibea, en un derroche de amor capaz de lo inesperado. La tercera, una última cena pagana donde, por obra y gracia de los apóstoles celestinescos, criados y prostitutas, en el burdel de Celestina son transfigurados a los altares de la gula y la lujuria el pernil de tocino y el vino de Monviedro.

El texto de Rojas está sustentado por un equipo actoral compacto y contundente que consigue dar vida a todos los matices y la densidad que los personajes requieren.

Tres horas, que se pasan en un vuelo, dura la puesta en escena donde las pasiones humanas llenas de intrigas, misterios y amores alcanzan bajo una dirección muy lograda una gran altura.

**Suscripción a
la Revista ADE**

D.
DIRECCION
CIUDAD
TELEFONO
C. P. PAIS

SUSCRIPCION PARA ESPAÑA Y LATINOAMERICA

- 5 números (2.000 pts. - 22 \$)
 10 números (4.000 pts. - 42 \$)

RESTO DEL MUNDO

- 5 números (25 \$)
 10 números (47 \$)

FORMA DE PAGO

- Talón nominal
 Giro Postal

A partir del número